

Las actitudes y valores en el ambiente universitario: Estrategias para la reconstrucción del tejido académico

Duwamg Alexis Prada Marín*
Jenny Mayerly Gómez Cortés**

RESUMEN

La mediación docente en las universidades no solamente contempla el conocimiento sino también la formación integral de los estudiantes; formación integral entendida como uno de los ejes misionales. A medida que la evolución de nuestra sociedad vive profundos cambios, tecnológicos y de naturaleza afectiva y kinestésica, es posible evidenciar un sinnúmero de actitudes que se reflejan en los estudiantes, que como actores principales en el proceso de formación, le permiten al docente evaluarse en el contexto y reflexionar continuamente en el proceso del cual es mediador. La formación integral de los estudiantes no se logra únicamente en el aula de clase; es un proceso incluyente donde el objetivo de la formación es visible bajo el ejemplo de cada uno de los mediadores. Por otra parte, la dimensión cognitiva está directamente relacionada con la afectiva, y viceversa, debido a que en el desarrollo académico de una persona, esta dimensión influye directamente en aquella otra. Este escrito pretende generar un espacio de reflexión para el lector en la continua búsqueda del mejoramiento, no solo académico, sino en su desarrollo como actor del proceso de formación.

Palabras clave: Mediación, actitudes, valores, formación, universidad.

*M.Sc. en Matemáticas, especialista en Docencia Universitaria, licenciado en Matemáticas. Docente de planta de la Universidad Pontificia Bolivariana, UPB, seccional Bucaramanga. Email: duwamg.prada@upb.edu.co.

**Licenciada en Matemáticas, estudiante de la Maestría en Educación Matemática, en la Universidad Industrial de Santander, UIS. Email: mayita429@hotmail.com.

Attitudes and values in the college environment: Strategies for the reconstruction of the academic tissue.

Duwamg Alexis Prada Marín*
Jenny Mayerly Gómez Cortés**

ABSTRACT

Teacher mediation in colleges not only encompasses knowledge but also integral learning of the students; where integral learning is understood as one of the educational axes. As the evolution of our society experiences profound changes, not just technologically, but also at affective and kinesthetic levels, it is possible to observe a number of attitudes reflected on the students. As principal actors in the learning process, the students allow teachers to evaluate themselves in context and reflect continuously on the process they mediate. Integral learning is not achieved solely in the classroom; it is an inclusive process where the learning objective is visible under the example of each of the mediators. Moreover, the cognitive dimension is directly related to the affective dimension and viceversa because people do not let go their affective side in their academic development. This manuscript pretends to generate a space for reflection for the reader in search of continuous improvement not only academically, but also in his/her development as an actor of the learning process.

Key words: Mediation, attitudes, values, learning, university.

*M.Sc. en Matemáticas, especialista en Docencia Universitaria, licenciado en Matemáticas. Docente de planta de la Universidad Pontificia Bolivariana, UPB, seccional Bucaramanga. Email: duwamg.prada@upb.edu.co.

**Licenciada en Matemáticas, estudiante de la Maestría en Educación Matemática, en la Universidad Industrial de Santander, UIS. Email: mayita429@hotmail.com.

Introducción

En el presente trabajo se aborda una propuesta referente a la búsqueda de un lenguaje apropiado en torno a la interacción educativa de nuestros días. Se enmarca en la importancia que se les brinda a las actitudes y valores en el recinto académico; y es también la oportunidad de demostrarle a todo el colectivo docente, que es posible un conocimiento de calidad, basado en la confianza y en la generación de espacios apropiados en donde el debate sea una herramienta más para el cambio positivo en los estudiantes y profesionales. Un debate que se ha de propiciar en los términos adquiridos en un proceso de continua estimulación frente al lado afectivo de los estudiantes, pues así es posible observar las diferentes dimensiones que están relacionadas con cada uno de los actores de la actividad de formación.

La universidad

Universidad, dentro del contexto académico, es una palabra que comúnmente se relaciona con la enseñanza y la educación. Hablar de universidad en nuestros días es sinónimo de excelencia y admiración, de formación integral, de investigación, de extensión, es decir de pensar en sus ejes misionales.

La Real Academia de la Lengua Española define universidad como: “Institución de enseñanza superior que comprende diversas facultades, y que confiere los grados académicos

correspondientes. Según las épocas y países puede comprender colegios, institutos, departamentos, centros de investigación, escuelas profesionales, etc.”. (DRAE, 1992).

Si se mira la definición de universidad desde lo académico, encontraremos que, con respecto a la universidad moderna, “esta es un espacio de debate donde debe ser posible la apropiación y construcción de conocimientos, el compromiso con la verdad mediante el análisis y la crítica argumentada, la formación integral de estudiantes, y el reconocimiento, análisis y planteamiento de solución a sus problemas y los de la sociedad” (Corredor, 2010, p. 12). Se puede dar una idea clara de lo que es universidad; sin embargo, la universidad no se presentaba de esta manera en sus inicios, puesto que se ha ido transformando a la par que lo ha hecho la sociedad. Según Cadavid:

la definición de universidad en el contexto de una organización social determinada, remite de forma obligada al concepto de contemporaneidad, que es el que en última instancia le determina su vigencia en una época, a partir de su capacidad para enfrentar los retos del presente y de proyectar los escenarios del futuro. Cambio y futuro, son por lo tanto consustanciales al ser y quehacer de la universidad (1998, p. 47).

De lo anterior se puede definir que la universidad es una institución histórica y social. “Para los antiguos, los procesos de formación significaron universalidad, la aprehensión y el dominio del todo, en este sentido era el filósofo quien dominaba todas las artes existentes hasta ese momento” (Corredor, 2010).

Así, desde el punto de vista histórico, la universidad medieval era totalmente elitista, pues es bien sabido que solo aquellas personas que poseían los recursos económicos podían acceder a la educación superior; sin embargo, se percibía una inclinación por la formación de profesionales que demandaba la sociedad en ese momento. Otra de las características de esta universidad medieval era el hecho de poseer sus maestros en diversas ciudades, es decir que los aprendices debían viajar a los lugares en donde se encontraban sus maestros; según Tünnermann, “tenían sedes esparcidas por toda Europa y los estudiantes iban de un lado a otro de acuerdo a sus intereses y la ubicación de sus maestros” (citado en Malagón, 2005, p. 20).

El “trívium” que del latín quiere decir triple vía, debido a que se estudiaban solo tres de las siete artes liberales que eran la gramática, la lógica y la retórica, y el “cuadrivium” que del latín quiere decir los cuatro artes liberales que le siguen al trívium, las cuales son la aritmética, la geometría, la astronomía y la música, constituían el plan de

estudios que se desarrollaba en la época. Sin embargo, ese tipo de universidad le impedía generar continuamente el cambio, estaba ligada íntimamente al proceso de adoptar un tipo de conocimiento estático, de hecho, este tipo de universidad pierde su soporte en el momento que surge la revolución francesa, la revolución industrial, las cuales generan una revolución científica, es decir, se descentralizan los conocimientos, se generan grandes cambios en lo político, en lo económico, en lo educativo y en lo social (Corredor, 2010, p. 26).

De esta manera, se empieza a reconocer que a medida que surgen cambios en los diversos sectores de la sociedad, la universidad debe también transformarse en torno a dichos cambios, y aun más, debe estar preparada constantemente para futuros cambios. De acuerdo con lo anteriormente citado, nace un tipo de universidad denominada universidad moderna, que toma como base aquellas renovaciones y las adopta de tal manera que es en este proceso en el que adquiere sentido la universidad como institución social e histórica. Dentro de esta universidad moderna, pues, se percibe la tendencia profesionalizante, pero que, con base en el modelo humboldtiano, dicha tendencia comienzan a combinarse la investigación y la docencia. Según Malagón, “el término academia está conformado

por dos componentes fundamentales: investigación y desarrollo de la ciencia” (2005, p. 26). Por otra parte, dicho modelo de Humboldt no solo se centra en la investigación, sino que, además, involucra al Estado como un agente que aporta y apoya el proceso, debido a que el Estado en sí mismo no desarrolla los procesos que realiza la universidad, pero deja claro que sin su apoyo dichos procesos no obtendrían los mismos resultados. Lo anterior permite resaltar

[...] que la universidad moderna presenta características tales como: la universidad depositaria de la racionalidad dominante de la sociedad, una organización burocrática centralizada y con una dependencia política del Estado y de los gobiernos de turno, una organización curricular sustentada en las disciplinas socialmente útiles, con una normativa definida, tendencia profesionalizante combinada con investigación, autonomía académica para programas, de carácter elitista en el ingreso, en especial en América Latina, formas pedagógicas centradas en el maestro y tensión entre los modelos que integran en su organización lo académico y lo administrativo-financiero (Corredor, 2010, p. 26).

Pero si la universidad medieval sufrió cambios, la universidad moderna no fue la excepción; como ya se ha notado, la universidad se transforma en el momento en el cual la sociedad cambia,

y de hecho, este tipo de evolución debe verse como una oportunidad de continua mejoría. Es así como en los años sesenta se hace visible la globalización, y con ella, todos los cambios que conlleva en los sectores económicos, sociales y políticos, dentro de los cuales, según Malagón, se observa:

[...] la masificación de la educación superior, la reducción del financiamiento estatal, la pérdida de la autonomía, la responsabilidad social de la universidad, los sistemas pedagógicos convencionales han mostrado su incapacidad para responder a las necesidades actuales de una formación integral centrada en la creatividad, comprensión, participación y construcción social del conocimiento, las nuevas tecnologías de la información, la universidad pierde la exclusividad de institución que genera conocimiento superior, la diversificación del sistema de educación superior y el nacimiento de las instituciones de educación superior corporativas (2005, p. 32).

Con estos nuevos cambios en la sociedad y en la universidad, aparecen otros tipos de universidad como una suerte de compendio de los modelos anteriores de universidad, en tanto que la institución combina aspectos tradicionales con aspectos coyunturales. Este tipo de universidades, como la

contemporánea, según Corredor, “sigue siendo elitista y para enfrentar sus retos asume diversos enfoques para responder a las funciones y los compromisos que le plantean la ciencia y la sociedad” (2010, p. 27).

Es claro que la transmisión del conocimiento fue, ha sido y será una herramienta útil para la generación de cambios en un entorno específico, por tal motivo, es posible identificar los diferentes procesos de enseñanza que se han presentado a lo largo del tiempo. El enseñar es más que una simple actividad de transferir unas pautas académicas; demanda total compromiso por parte del docente y más por parte del estudiante, pues ellos son los actores principales del proceso de formación en la vida universitaria. Según Freire, el profesor universitario tiene: “la responsabilidad ética, política y profesional del educador que le impone el deber de prepararse, de capacitarse, de graduarse antes de iniciar su actividad docente” (citado por Corredor, 2010, p. 34), claro que lo anterior debe hacerse en un proceso permanente. De lo anterior abogamos por lo que, de acuerdo con Corredor, es el currículo oculto:

Entendido como los aprendizajes obtenidos por el manejo del lenguaje, la forma de interrelacionarse, los espacios, los saludos, la toma de decisiones, que no se hacen intencionales, ni se programan como experiencias formativas, y que el profesor

y la institución educativa ejercen sistemáticamente sin explicarlos ni reconocerlos formalmente, se convierte en una alerta que señala que siempre se enseña y aprende más de lo que se cree (2010, p. 34).

Como lo comenta Corredor, “lo más importante, lo fundamental se relaciona con lo ético: los valores, su identidad y compromiso como universidad” (2010, p. 41). Es en este sentido que la universidad no solamente otorga títulos a personas aptas para desarrollar determinada actividad, sino que realmente la universidad más que impartir conocimiento, genera el espacio adecuado de manera pertinente para que cada uno de quienes la conforman se formen en una amplia gama de cualidades, que hacen parte fundamental de la sociedad. Es decir, la universidad brinda la oportunidad de adquirir y adoptar una posición política, ética, moral, de conocimiento y de proyección para nuestra vida. En conclusión, la universidad forma para la vida y por tal motivo el rol que desempeña cada uno de los integrantes de la universidad es un papel protagónico en la estructura de sus funciones académicas y sociales.

Esto obedece a que siempre se presenta el temor por dicho cambio, y, en ocasiones, si el proceso es bueno, se continúa haciendo siempre de la misma manera, pensando que es la forma en la cual se debe realizar dicho proceso. Sin embargo, esto está en contra de lo

que busca la universidad y de lo que le demanda la sociedad frente al cambio constante que ella sufre. Es por esa razón que la actividad universitaria se articula de manera exitosa con cada uno de los miembros de dicha comunidad y con el entorno, brindándole las soluciones a las necesidades que constantemente se presentan en la sociedad; además demanda de ella las herramientas y el reconocimiento que evidencia un trabajo de alta calidad.

En nuestra sociedad, la educación superior según la Ley 30 de 1992 se define como el “proceso permanente que posibilita el desarrollo de las potencialidades del ser humano de una manera integral, se realiza con posteridad a la educación media y tiene por objeto el pleno desarrollo de los alumnos y su formación académica o profesional”. De lo anterior, rescatamos el hecho de que la educación superior debe posibilitar el desarrollo de las potencialidades del ser humano de una manera integral, pues es claro que la sociedad demanda de los estudiantes universitarios un alto nivel cognitivo y, especialmente, personas caracterizadas por sus actitudes frente al entorno.

Es de suma importancia que el docente conozca de manera clara y pertinente lo correspondiente a los cuatro aprendizajes fundamentales que fueron señalados por Jacques Delors en relación con la estructura de la formación de personas. De acuerdo con Corredor, “El aprender a conocer no solamente se refiere a la adquisición de conocimientos

clasificados y codificados, también es importante el dominio de los instrumentos mismos que hacen posible el saber” (2010, p. 45). Realmente la persona debe aprender para mejorar su calidad de vida en torno a la adquisición y aplicación de conocimientos; sin embargo, también debe sentirse a gusto y pleno, no solamente adquiriendo conocimientos para una labor específica, sino, además, hacerlo por el propio placer y la propia convicción del estudio, del conocimiento y del logro de metas personales a nivel académico.

Estos aprendizajes deben estar relacionados con un norte en común, y es tal que el aprender a ser es el aprendizaje que reúne los elementos de los anteriores aprendizajes básicamente en torno a lo humano. Aunque es muy difícil definir este concepto, para este caso se entenderá como el ser que en esencia presenta compromisos consigo mismo y con su entorno, que presenta sueños, ilusiones; que se acepta y acepta a los demás, sin dejar aislado la posibilidad de cambio; un ser que es competente en diversos aspectos y los aprovecha para su beneficio personal y el de su comunidad.

A nivel de comunidad universitaria, el docente desempeña un rol de vital importancia respecto a los anteriores aprendizajes, los cuales se filtran de manera visible en una de las fundamentales funciones de la universidad, la docencia. Los docentes deben afianzar, cada vez más, el papel crucial que desarrollan; la labor docente o mediación no es

simplemente la trasmisión y formación de conocimientos, pues esta labor va mucho más allá de estos dos aspectos. Pensar por un momento ¿qué es educar?, ayuda a reflexionar sobre el desempeño dentro y fuera de un salón de clase. Según José Martí: “Educar es depositar en cada persona toda la obra humana que le ha antecedido: es hacer a cada ser humano resumen del mundo viviente, hasta el día en que vive: es ponerlo a nivel de su tiempo, para que flote sobre él, y no dejarlo debajo de su tiempo, con lo que no podrá salir a flote; es preparar a la persona para la vida” (citado por De la Herrán, 2010, pp. 11-39).

La formación integral del estudiante universitario

Las universidades en su mayoría presentan en su misión la importante labor de formar personas de una manera integral. En busca de esa integralidad, han surgido diferentes enfoques que dependen exclusivamente de los autores que la proponen, con determinadas dimensiones; sin embargo, cada una de las propuestas se relaciona de manera clara con las demás. Podemos afirmar que la labor docente está dirigida no solamente a impartir conocimiento, sino a la búsqueda de dicha integralidad; por ende, se observan al docente y a los estudiantes como los principales actores de dicho proceso.

Es posible hablar de formación integral desde el punto de vista histórico, pero será relacionado directamente con el deseo de triunfo de las generaciones

en el futuro; sin embargo, en nuestros días la formación integral demanda una serie de elementos y compromisos por parte de las instituciones educativas.

Para tener un mejor panorama frente a la formación integral, Acodesi la define como:

El proceso continuo, permanente y participativo que busca desarrollar armónica y coherentemente todas y cada una de las dimensiones del ser humano (ética, espiritual, cognitiva, afectiva, comunicativa, estética, corporal y socio-política) a fin de lograr su realización plena en la sociedad. Es decir, vemos al ser humano como uno a la vez pluridimensional, bien diverso como cuerpo y a la vez plenamente integrado y articulado como en una unidad (2002, p. 169).

La anterior definición permite generar una idea clara sobre lo que es una persona formada integralmente; por ejemplo, según Martínez:

La persona formada integralmente es autónoma en su aprendizaje, es capaz de formarse criterios propios con base en lo que observa, mira, escucha y lee; es sensible al dolor, es tolerante con los que opinan y piensan diferente; respeta y admira todo lo que existe en la tierra y en el universo; sabe escuchar y sabe darse a entender en las

relaciones sociales y se quiere y respeta a sí mismo (2009, pp. 132-139).

De esta manera, el docente debe planear constantemente la actividad pedagógica, para direccionar a los estudiantes y así lograr su formación integral, es decir, se debe aprovechar todo el potencial que ofrecen de una manera responsable con el propósito que se ha trazado la universidad.

No se debe caer en la continua apreciación de idolatrar centrándose tan solo en la parte cognitiva de los estudiantes, pues como lo enuncian Campo y Restrepo:

La formación integral no puede basarse únicamente en la enseñanza de competencias ni en la mera transmisión de información, sino en el aprendizaje de procedimientos que permitan seguir aprendiendo, que ofrezcan elementos para establecer conexiones entre lo que aparece aislado para que se asuma críticamente la cultura, de tal manera que puedan seguirse creando nuevas maneras de ser y de actuar. Una educación enfocada a la formación integral busca superar las visiones yuxtapuestas de las diversas ciencias, culturas y técnicas, haciendo énfasis en los nexos entre lo especializado y la dimensión general, buscando dar sentido a todo el proceso de la vida humana (citado por Martínez, 2009, pp. 123-136).

Una pregunta que suele hacerse es: ¿Cómo lograr la formación integral en nuestros estudiantes? Acodesi sugiere una respuesta:

La formación integral se da a través de todo el currículo y no solamente en el plan de estudios. Como docentes, observamos que la labor encomendada no es sencilla y demanda de nosotros ciertas herramientas, una de las cuales es la autorreflexión, basada en el reconocimiento de sí mismo, en descubrirnos en permanente construcción, en saber que nuestra identidad se construye en las decisiones y las acciones que realizamos; en hacernos responsables de nuestra vida porque somos capaces de convertir nuestras experiencias en procesos con sentido (2002).

De igual manera puede surgir la pregunta de cómo enseñar, y en ocasiones nos cuestionamos acerca de si dentro del ambiente académico se desarrolla de forma adecuada el rol de docente. Para responder a esto, se debe tener claro que una de las características necesarias para poder enseñar es la capacidad de autorreconocimiento, de reflexión sobre sí mismo y sobre el mundo que se construye. En conclusión, se debe tener un panorama abierto a la discusión y a las diferentes argumentaciones de cada estudiante, pues es con ellos que también se aprende y se mejora el quehacer pedagógico, evidenciado en el continuo desarrollo de la vocación.

En consecuencia, con dicha reflexión y con el constante cambio que genera el quehacer pedagógico, el currículo se ve directamente afectado como consecuencia de dichos cambios continuos, que hacen que la mediación sea más sencilla de realizar. La construcción de un currículo apropiado no se hace de manera inmediata, ni de manera implícita. Es claro que las actividades al interior de un ambiente académico no pueden estar relacionadas con el azar ni con la improvisación, pues como mediadores, se asume la responsabilidad de brindar a los estudiantes una interacción con un objetivo claro y apropiado, que no solamente se base en el aspecto cognitivo, sino que, además, refleje la importancia del proceso educativo.

La dimensión afectiva

Somos seres afortunados en la medida que el afecto gana terreno cada día en la mente de las personas directamente involucradas con el proceso educativo. Aunque lo afectivo no era un ítem para el proceso de evaluación que se realizaba en el aula de clase, hoy se enmarca en los ejes misionales que pretenden la formación integral. Se hace muy común recordar aquella frase que marcó una pauta para el cambio en la educación: “la letra con sangre entra”. Este proceso fue lento y por ende la relación docente-estudiante era distante. Los estudiantes eran vistos como receptores y transformadores de conocimientos fijados respecto a la postura o inclinación del docente o

de la universidad, y los docentes eran vistos como aquellos poseedores de los conocimientos.

En directa relación con el cambio que sufre constantemente la sociedad, se observa el papel que desarrolla la emoción en procesos de aprendizaje, pues la facilidad con la que se aprende depende directamente del estado de ánimo, es decir de la parte afectiva. Esto se evidencia en el desarrollo de pruebas escritas, la realización de trabajos o alguna otra labor asignada en presencia de algún tipo de problema emocional; es así como observamos que la razón y la emoción se encuentran relacionadas.

Según Acodesi:

La dimensión afectiva se refiere al conjunto de potencialidades y manifestaciones de la vida psíquica del ser humano que abarca la vivencia de las emociones, los sentimientos y la sexualidad, como también la forma en que se relaciona consigo mismo y con los demás; comprende toda la realidad de la persona, ayudándola a construirse como ser social y a ser copartícipe del contexto en el que vive (2002, p. 95).

Esto resume el hecho del cual parte toda motivación del ser humano por evolucionar en su entorno. Somos seres con sentimientos, seres que forjamos nuestras actitudes en torno a ellos, desarrollamos nuestra personalidad, asumimos criterios,

cambiamos, generamos transformaciones continuamente; es decir, el ser humano evoluciona involucrando su parte afectiva.

En el ambiente académico, nace la pregunta sobre la posibilidad del desarrollo de la dimensión afectiva, respecto a la relación existente entre el docente y el estudiante. Hasta hace unos años, se desconocía que existía una relación entre la vida académica y la noción de *paideia*, en un interés por el conocimiento. Tal como lo señaló Platón: “La educación corre paralela a una cierta disciplina erótica que obliga a sublimar la relación de seducción que se establece entre el maestro y el alumno, para llevar a este último a la identificación apasionada con cierto modelo gnoseológico o de la teoría del conocimiento” (Restrepo, 1996, p. 48).

Aunque se evolucione respecto al vocablo académico, no se debe olvidar que existen matices variados que evidencian el componente afectivo en el campo educativo.

La dimensión cognitiva

El conocimiento y la construcción del mismo es un elemento que todo ser humano posee. En los primeros momentos de nuestra navegación en búsqueda del conocimiento, nos encontramos en la orilla contemplando lo que el entorno nos ofrece, es decir, tal como lo expresa Acodesi, “el conocimiento desde un enfoque mecanicista concibe al sujeto como un

ser pasivo que solo recibe información de su entorno” (2002, p. 70).

Con el constante cambio de la sociedad, el conocimiento del ser humano también ha venido cambiando y evolucionando. “El ser humano es el único ser racional y por ende su conocimiento es producto de las transformaciones y los cambios que las estructuras mentales operan sobre los objetos” (Acodesi, 2002, p. 75), es decir, que en este sentido el sujeto centra su aprendizaje en una formación de carácter intelectual y por tal motivo es capaz de explicar su realidad, construyendo hipótesis y generando las respuestas a lo que el entorno le plantea. Sin embargo, el ser humano comienza a interactuar con el medio y así aporta al cambio de la sociedad, y la sociedad aporta cambio en él. Es posible percibir que el conocimiento se estructura con la relación existente entre el conocimiento empírico y el conocimiento racionalista; en otras palabras, el conocimiento se convierte en un proceso continuo de reestructuración mutua, es decir, en un conocimiento constructivista. Cabe resaltar que el conocimiento se percibe desde un pensamiento holístico, observando a cada uno como parte de un sistema dinámico cuya finalidad es la construcción del conocimiento.

El conocimiento no debe ser construido solo basado en lo percibido de manera tácita. Existen teorías en las cuales solo se conocen representaciones abstractas de ciertos elementos, por ejemplo, en los diferentes tipos de

problemas que se trabajan en la física moderna: aquellos que tienen que ver con las diferentes dimensiones del espacio, el obviar la resistencia del aire, la expansión continua del universo, etc.

En conclusión, el ser humano construye conocimiento constantemente, basado en la relación con su entorno, relación que no debe ser simplemente empírica sino que además debe soportarse en el raciocinio; es decir, se debe abordar el conocimiento desde un enfoque constructivista. Lo anterior permea los niveles de desarrollo planteadas por Vygotsky (Acodesi, 2002, p. 77): nivel de desarrollo real, encargada de la interiorización del conocimiento; nivel de desarrollo potencial, donde se hace necesario la existencia del otro, y la zona de desarrollo próximo que relaciona las dos anteriores.

El desarrollo de actitudes y valores

La docencia es una labor moralmente gratificante, en la medida que hace a los docentes seres infinitamente únicos y premiados con una actividad que les demanda lo mejor de sí mismos, para lograr la continua evolución del entorno. En dicha actividad se centran las habilidades cognitivas y junto con ella, lo actitudinal y axiológico. Para muchas personas, esta labor no es reconocida como de gran importancia, pero realmente la docencia es el eje de formación del mundo, pues sin ella, no existirían los médicos que curan

enfermos, abogados que defienden, ingenieros que realizan innovaciones, etc. Es posible declarar enfáticamente que la docencia no queda reducida a la simple tarea de transmitir un conocimiento. Esta labor encomendada se debe ejecutar de manera responsable, pues está directamente relacionada con la mediación y la formación de manera integral de cada uno de los seres humanos.

La importancia que se les otorgue a las actitudes y los valores de los estudiantes frente a la formación en el proceso educativo, influirá directamente en las diferentes dimensiones que presentan. “Las actitudes y los valores influyen en todos los momentos del ser humano: en lo que aprende, lo que dice, lo que decide, lo que piensa, lo que quiere, lo que hace y en general lo que es” (Arbeláez, 2009, p. 80).

Para lograr el desarrollo de actitudes y valores de los estudiantes en el aula de clase y fuera de ella, “se deben generar cambios en los métodos de estudio, el uso del tiempo, la dedicación, el esfuerzo, la motivación, el interés, etc.” (Arbeláez, 2009, p. 80). Además es muy importante que el estudiante se reconozca como el protagonista de su proceso de formación.

Un verdadero lenguaje en el proceso

Existen muchas preocupaciones respecto al proceso educativo que se ha desarrollado y se desarrolla en el ambiente universitario. Cada vez

observamos que los estudiantes que ingresan a la universidad traen consigo deficiencias respecto a conocimientos en los cuales deberían ser competentes. Este fenómeno está siendo afectado directamente debido al proceso de evaluación y promoción de las entidades educativas de educación media y secundaria. Sin importar cuál, qué o quién será el responsable de este problema, el docente debe garantizar la generación de espacios en los cuales sea posible alcanzar los objetivos trazados con los estudiantes. Estos espacios deben además estar soportados en:

La atención a las competencias y los conocimientos de cada uno de los estudiantes puesto que el objeto de la mediación es conseguir el mejoramiento y desarrollo continuo de los sujetos mediados. Corresponde al mediador ofrecer oportunidades y momentos para que los estudiantes logren desarrollar todo el potencial que sea posible y lo hagan con la mayor seguridad y confianza (Arbeláez, 2009, p. 24).

Lograr lo anterior es una tarea mancomunada del docente y el estudiante. De estos actores depende el éxito de dicho proceso. El docente debe constantemente evaluar las estrategias utilizadas en la clase, innovar, indagar continuamente a sus estudiantes, realizar un proceso de evaluación permanente y formativo, en el cual el estudiante pueda mostrar sus avances durante todo el proceso. Por su parte, el estudiante

debe mostrarse dispuesto a realizar las actividades con responsabilidad, con una actitud acorde al momento y totalmente convencido de que el actor principal de su formación integral es él mismo.

El verdadero lenguaje del cual se desea ser explícito es aquel en el que se utilice el aula de clase como un espacio de reflexión constante, un espacio en el que cada agente se encuentre motivado por asistir, y esto es factible en el momento que cambie su rol como receptor o emisor de información. El estudiante no debe ser estático, tan solo recibiendo y aceptando como cierto todo aquello que el docente le comunica. Los docentes también deben modificar continuamente la estrategia y planeación, para mejorar su metodología apropiadamente y realizar su quehacer pedagógico; el docente debe observarse como mediador, orientador y en esencia como ser humano con una visión por comprender la importancia del aprendizaje del otro, buscando la evolución continua de nuestra sociedad; el mediador no debe olvidar que “los alumnos aprenden con los profesores mucho más que los contenidos de la materia. Aprenden interés por ese ámbito científico, la manera en que se concibe la profesión, el estilo riguroso del trabajo, la tensión por estar al día, la sensibilidad por los demás, la visión del mundo” (Zabalza, 2003, p. 195).

Este verdadero lenguaje es el de la afectividad; aquella que debe caracterizar al docente cuando realiza su quehacer pedagógico y académico, aquella con la cual se entabla una conversación en

búsqueda de una actividad que facilite el proceso de aprendizaje, y así, eliminar el proceso cíclico que se puede generar, en donde el estudiante solo aprende lo que el docente le orienta.

Esta muestra de afectividad hacia los estudiantes debe fluir en las acciones dentro del aula de clase, pues los estudiantes motivados por su aprendizaje son estudiantes que cambian su entorno, y son líderes. En esta dirección, como lo dice Zabalza, “Ayudan a una mejor atención los contactos fuera del aula en el marco de las tutorías o de algún otro tipo de actividad, desformalizan un

poco las relaciones y permiten un tipo de interacción más rica en matices (se conoce a las personas desde otro punto de vista)” (2003, p. 195).

El ambiente académico dentro y fuera del aula de clase mejora de forma directamente proporcional al lenguaje utilizado, cuando este está fundamentado en la afectividad. Utilizar este tipo de lenguaje por parte de cada uno de los actores del proceso educativo permite garantizar la formación integral no solo de los estudiantes sino además de los propios docentes.

Referencias bibliográficas

- Acodesi (2002). *La formación integral y sus dimensiones*. Bogotá: Kimpres.
- Arbeláez, R. C. (2009). *Concepciones sobre competencias*. Bucaramanga: Cededuis.
- Cadavid, G. (1998). Dimensión académica universitaria. *Revista Docencia Universitaria*. p.47.
- Corredor, M. (2010). *Universidad y sociedad*. Bucaramanga: Publicaciones UIS.
- De la Herrán, A. (2010). Perfil del docente universitario hoy: más allá de la competencia. *Revista Docencia Universitaria*. pp. 11-39.
- DRAE (1992). *Diccionario de la lengua española*. Madrid: RAE.
- Malagón, L. (2005). *Universidad y sociedad: Pertinencia en la educación superior*. Bogotá: Alma Mater.
- Martínez, F. (2009). Formación integral: compromiso de todo proceso educativo. *Revista Docencia Universitaria*. pp. 123-136.
- Restrepo, L. (1996). *Proyecto de educación sexual: Ternura*. Bogotá: MEN.
- Zabalza, M. (2003). *Competencias docentes del profesorado universitario. Calidad y desarrollo profesional*. Madrid: Narcea.